

cual somos invencibles, como lo era la madre tierra para el gigante de la antigüedad. La ciencia es madre del socialismo. Si la abandonamos, somos perdidos. En el terreno de la ciencia y de la realidad, somos invencibles, y triunfaremos de todos nuestros enemigos». ⁽¹⁾

Sólo que esta ciencia es de una especie completamente particular. «La verdadera ciencia—en el sentido en que la comprende el socialismo y el liberalismo—hace ya mucho tiempo que es revolucionaria,—dice Vollmar.—Ella destruye todas las supuestas autoridades, y es, de concierto con la justicia,—la justicia liberal y socialista, por supuesto,—enemiga mortal del derecho y de la ley». ⁽²⁾ «Frente á esta ciencia—dice Dietzgen—todo se borra, la fe en Dios y en los semidioses, en Moisés y en los profetas, en el papa y en la Biblia, en el emperador, en su Bismarck y en su gobierno; en una palabra, la fe en la autoridad». ⁽³⁾

Estas ideas revolucionarias se dirigen, como ya lo hemos visto, primeramente contra el Estado, y luego contra la Iglesia, lo que ciertamente es natural. «La Iglesia—declara Liebknecht—no es más que un sostén y un instrumento de la división de clases, y, por consiguiente, la base de la producción capitalista con su esclavitud y su explotación». ⁽⁴⁾ El socialismo ha utilizado desde su origen este pensamiento como medio principal de agitación, porque con él se fomentan sus dos principales objetos: aumentar el odio á la Iglesia y la cólera contra la autoridad constituída. Ya en 1848 y 1849, lo predicó Feuerbach á los obreros, y del éxito que obtuvo es prueba la carta de gracias que le dirigieron, declarando que no habían podido apreciar el valor científico de sus conferencias, pero que habían comprendido que el engaño del clero y de la fe, engaño contra el cual él luchaba, era el último fundamento de la opresión que padecían. ⁽⁵⁾ Esta apreciación

(1) *Protocolo del Congreso de Halle*, 1890, p. 180 y sig.

(2) *Münchener Post*, 25 de Julio de 1891.

(3) Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, (5), 33.

(4) *Protocolo del Congreso de Halle*, 1890, 202.

(5) Duboc, *Ibid.*, I, 72, II, 133. Fritz Schultze, *Ibid.*, 132.

sigue propalándose hoy por los seductores del pueblo. «El socialista—dice Rüdít—no debe, pues, romper con los curas y sus necesidades sólo porque, siendo revolucionario, se colocan en el punto de vista de la ciencia, sino que debe luchar contra ellos por principio, y por modo especialísimo». ⁽¹⁾ De aquí la orden impuesta á los socialistas de separarse de la Iglesia nacional. ⁽²⁾ «Desgraciadamente,—piensa Kokowski—hoy no es oportuno marchar contra la Iglesia por modo decisivo; pero es preciso combatir toda religión y toda profesión de fe en general. En cuanto á los medios extraordinarios de agitación, preciso es considerar la época y la situación. Ahora bien, no son favorables por el momento, y de aquí que, provisionalmente, la agitación debe limitarse á no enviar más á la Iglesia, ⁽³⁾ y—añade Metzner—apartar en la medida de lo posible á la juventud de la fe en los dogmas, ⁽⁴⁾ porque todos los sacerdotes son mentiras vivientes». ⁽⁵⁾ Como es natural, los socialistas no se contentan con los medios negativos para arruinar á la Iglesia. Pero las ocasiones oportunas para ejecutar acciones más decisivas son raras, y difíciles de enganchar los hombres dotados de las aptitudes requeridas para semejantes empresas. ¡Ah, la Commune! ¡Qué tiempos aquellos! Sí, razón tenía para luchar contra la dominación de los curas. ⁽⁶⁾ Pero, fuera de París, ¿quién ahogará al monstruo clerical? ⁽⁷⁾ Entre tanto, preciso es que el mundo madure para esta obra, porque—dice Rigault—la consigna de nuestra revolución es: «¡guerra á muerte á los sacerdotes!» ⁽⁸⁾ Bebel se consuela pensando que un procedimiento más dulce podrá conducir quizás al mismo resultado. Sí, en el Estado del porvenir se obligará á trabajar al sacerdote en la sociedad, y quizás llegará el tiempo

(1) *Protocolo del Congreso de Halle*, 1890, p. 191 y sig.

(2) *Vorwärts*, 12 de Abril de 1891.

(3) *Protocolo del Congreso de Halle*, 1890, 196.

(4) *Ibid.*, 195.

(5) *Münchener Post*, 29 de Julio de 1891.

(6) Lissagaray, *Histoire de la Commune*, (2), 427.

(7) *Ibid.*, 280.

(8) Scherr, *Das rothe Quartal*, 76.

en que se convenza de que la suprema cumbre que puede alcanzar consiste en llegar á ser hombre. ⁽¹⁾

6. Matrimonio y moral en el socialismo.—Pero si á la religión no se le da más que un sentido puramente terreno, la moral ha de ser puramente animal. Verdad es que el liberalismo objeta contra esta consecuencia que la moralidad nada tiene que ver con la religión, y que el socialismo se enfurece á causa de tan maliciosa suposición. Pero contestamos, al primero, que es perder el tiempo discutir la posibilidad de una cosa, cuando con relación á ella existen hechos elocuentes; y en cuanto al socialismo, debemos decirle que desgraciadamente nada tenemos que suponer, por cuanto él mismo se muestra con suficiente claridad. ⁽²⁾

Se muestra tal cual es, poniendo á la luz del día, como cosa natural y necesaria, las faltas morales más escandalosas. Esta es la única cosa que le echamos en cara. Á causa de la debilidad moral, excusamos á las personas, si les pesa haber sido infieles á sus principios, siempre que éstos sean mejores que su conducta. Pero si, por lo contrario, son tales los principios, que hacen inevitables las faltas, ó que puramente son consecuencias de ellos, cuando la mejor parte de su naturaleza se opone á su realización, entonces procede el más absoluto vituperio.

Mas ahora nos preguntamos: ¿Cuál será la conducta del hombre, si, libre de toda ley más elevada, sigue en todo, tal como formalmente se le dice, las inspiraciones de su naturaleza sensualista y materialista? ¿Qué consecuencias debe deducir el hombre, y especialmente el hombre del pueblo, si la llamada *presociología* le presenta el estado natural de la sociedad humana como una vida de rebaños libres, sin orden ni freno, y la introducción del matrimonio como el primer crimen del capitalismo, tal como Engel lo ha escrito en su detestable libro para los proletarios?

Contra este insulto no hay excusa. Los socialistas se

(1) Bebel, *Die Frau*, (8), 180.

(2) Blum, *Die Lügen*, etc., 203 y sig. Klein, *Der Sozialdemokrat*, 133 y sig., 141 y sig.

ponen furiosos cuando se les echa en cara que quieren degradar el matrimonio y abolirlo, y salen del apuro con la misma rectitud que cuando pretenden tener religión. Es falso—dicen—que la democracia social no conozca el matrimonio. Pero, entre ellos, la palabra matrimonio tiene también un sentido muy especial. Es falso—continúan—que el socialismo anule el matrimonio para siempre; la abolición del matrimonio no es un principio formal entre ellos. Sin duda que las uniones matrimoniales podrían ser indisolubles, si se mejorase la situación económica y social; ⁽¹⁾ pero, por el momento, el divorcio es la única solución posible á una situación que se convertiría en profundamente inmoral á causa de una mentira interna. En una palabra, el divorcio no es ni más ni menos que un medio de curar la podredumbre social. ⁽²⁾ No es posible la violencia en el matrimonio. ⁽³⁾ ¿Quién ha dado á la religión el derecho de esclavizar así una vida entera? ⁽⁴⁾

Los socialistas quebrantan, pues, más que nunca el lazo del matrimonio, y aprovechan todas las ocasiones para pronunciar furibundos discursos sobre la tristeza de las relaciones matrimoniales en el seno de la sociedad liberal, ó, como se complacen en decir, en el Estado de clases.

Sin duda que descubren en esto uno de los peores abcesos de la civilización moderna; pero la cuestión consiste en saber si, con la situación que quieren introducir, curarán la podredumbre ó la aumentarán. Basta manifestar esta duda, para que monten en cólera. Con el socialismo, la vida de familia se expone á ganarlo todo. Sí, el socialismo puede ciertamente procurar la verdadera dicha de familia y realizar la pureza del matrimonio, si no de un modo absoluto,—añaden con precaución—por lo menos de un modo capaz de convertirse en regla general. En los matrimonios que, como ahora, no se concierten por motivos eco-

(1) *Münchener Post*, 6 de Agosto de 1891.

(2) *Münchener Post*, 3 de Julio de 1891.

(3) Stern, *Thesen über den Sozialismus*, (4), 25.

(4) *Münchener Post*, 9 de Agosto de 1891.

nómicos,—continúan, como verdaderos darwinistas y materialistas que son,—la primera preocupación consistirá en la selección racional relativa á la descendencia. ⁽¹⁾

Esta sólo pretensión de los socialistas nos induce ya á preguntar cómo, en esta materia, se atreven á lanzar la primera piedra contra el liberalismo. Otros, como Bebel, se expresan en términos que no podemos reproducir aquí. ⁽²⁾ ¿Qué ocurriría, si se les ofreciese la oportunidad de realizar sus más caras aspiraciones? La Commune, á la que llama hermana el socialismo, ha ofrecido de ello pruebas suficientes. Así fué como en 14 de Mayo de 1871, en una reunión pública celebrada en la iglesia de San Nicolás de los Campos, una emancipada subió al púlpito, é hizo un discurso sobre el tema de que los hijos, en el matrimonio, son, con los gobiernos, el mayor mal de la tierra, y que las mujeres casadas, como todavía ocurre en Alemania é Inglaterra, son tan enojosas como dispendiosas. ⁽³⁾ Otro orador femenino vociferó desde el mismo punto á sus oyentes: «El matrimonio es el mayor error de la sociedad actual. Casarse y ser esclavo son sinónimos. ¿Queréis ser esclavos?»—«¡No, no!»—fué la respuesta general. ⁽⁴⁾

Tras estas y otras semejantes expresiones; tras la declaración de que el ideal de un matrimonio socialista en el Estado futuro es el matrimonio en armonía con las ideas de Fourier y de Tolstoï, ⁽⁵⁾ inútil insistir para conocer las otras ideas morales de los socialistas. Condúcense ellos aquí con tal gazmoñería, y tales apariencias de santidad, que rechazan hasta el Ave María como dañina á la moral. ⁽⁶⁾ Pero esto es una hipocresía irritante en boca de gentes que declaran, por otra parte, que el socialismo es en la ciencia lo que la novela naturalista en la literatura. El maestro en esta materia es Emilio Zola. Está perfectamente en

(1) Stern, *Thesen über den Sozialismus*, (4), 25 y sig.

(2) Bebel, *Die Frau*, (8), 192.

(3) Scherr, *Das rothe Quartal*, 85.

(4) *Ibid.*, 86.

(5) *Neue Zeit*, IX, II, 35 y sig.

(6) *Münchener Post*, 13 de Noviembre de 1891.

su punto. «Desgraciadamente, muchos le han declarado la guerra, pero nosotros le defendemos á capa y espada». ⁽¹⁾ Á la vez que á Zola, el socialismo recomienda especialmente á Goethe, «con cuya sentimentalidad ondeante puede uno perfectamente aprender la perfección del espíritu y la llama del genio, ofreciendo libaciones á la sensualidad». ⁽²⁾ Y para que los menos civilizados se eleven atrevidamente á este grado con la más completa conciencia de su derecho científico y poético, se les inculca, hasta en lo más profundo del corazón en sus asambleas, la moral de Herweg, con estos cantos socialistas:

«En tu miseria profunda, no te encadenes con el matrimonio. Por una hora de amor, el que ama se encamina á la muerte». ⁽³⁾

«Porque ésta—dice Bruno Wille, al glorificar el *Doble Suicidio* de Anzengruber como una de las más bellas comedias alemanas—es siempre la antigua y la nueva justicia que el amor se hace á sí mismo, en los casos en que una cruel y necia institución humana quiere domar á la naturaleza». ⁽⁴⁾ Stern, el predicador espinosista del socialismo, cree que ya es tiempo de sacudir esta falsa vergüenza, que nos ha hecho enrojecer hasta el presente por muchas cosas, y de acabar con el horror que la Edad Media tenía á la carne, apreciándolos en su justo valor, porque en realidad, son dos robos cometidos en perjuicio de la belleza, y verdaderos absurdos. ⁽⁵⁾ Sólo los curas, los hipócritas y los falsos devotos podrían regocijarse de las medidas severas relativas á la licencia de las costumbres, v. g., el proyecto de ley sobre el concubinato; pero el arte y la literatura serían amordazados, y condenada á perecer la estética, si enseñasen la moral católica, en vez de atenerse á la naturaleza, ⁽⁶⁾—á la naturaleza del animal pensador.

(1) *Münchener Post*, 23 de Abril de 1891.

(2) Stern, *Religion der Zukunft*, 36.

(3) Kegel, *Sozialdemokrat., Liederbuch*, 65.

(4) *Vorwärts*, 21 de Julio de 1891 (*Suplemento.*)

(5) Stern, *Religion der Zukunft*, 36 y sig.

(6) *Münchener Post*, 6 de Marzo de 1892.

7. Verdadero espíritu del socialismo.—Tal es el verdadero cuadro del socialismo, cuadro pintado por él mismo, en cuanto es posible fiarse de sus alegatos, lo que ciertamente no es fácil en un partido que reniega de todo miembro, cuya acción ó cuya palabra sean mortificantes para él; en un partido, que dice con relación á sus propios principios: «Lo que es una verdad hoy, es mañana un absurdo». (1) Entre tanto, dejemos que los socialistas pongan en orden sus dificultades interiores y sus contradicciones. En el supuesto de que nos dirijamos á hombres, y no á niños balbucientes, creemos, no obstante su inconstancia y su falta de sinceridad, que es preciso tomar sus palabras tal como suenan y como las interpretaría cualquiera otra persona.

De todo lo que acabamos de decir, se deduce que muy cándido sería quien creyera aún que el socialismo sólo se propone un fin, mejorar la suerte de las clases bajas; y muy limitado sería quien lo considerara como un partido económico. Al contrario, es una secta que no perdona nada de lo que la humanidad considera como sagrado y digno de aprecio; es un error doctrinal que quisiera suprimir á Dios y á la naturaleza, el cielo y la tierra, si tuviese poder para ello. El parentesco entre el socialismo y el nihilismo es conocido de todo el mundo. No es posible caracterizar sus designios mejor de lo que lo hace un poeta rumano, Sherbanescu, en los siguientes versos:

«Siento rugir en mis entrañas un dolor mortal, infernal, y no hay remedio para su acción devorante. De buen grado, como un pagano, arrojaría con mano fuerte, con la rapidez del relámpago, la tierra desierta á la faz del Señor Dios». (2)

Felizmente, tiene el hombre límites que no puede traspasar. Que se agite cuanto quiera; tanto mejor mostrará la verdad de estas palabras: «Conozco su presunción; sé que su fuerza no responde á su vanidad, y que sus esfuer-

(1) Liebknecht, *Protocolo del Congreso de Halle*, 1890, p. 200.

(2) Scherr, *Bildersaal der Weltliteratur*, I, 536.

zos para elevarse han sido muy superiores á su poder». (1) Cavad, pues, la tierra y vuestra propia naturaleza, á la manera de los genios inquietos de las montañas; como los gigantes, amontonad montes sobre montes, para arrebatarse el sol al cielo; con los titanes, procurad hacer saltar los goznes del orden eterno del mundo establecido por Dios; ciertamente veréis realizarse estas palabras: «Ni siquiera ha sido conmovido».

(1) Jerem., XLVIII, 30.